

En un mismo Espíritu

Pilar Camacho

En el intento de acoger lo que recibí durante los “días de gracia” de Concepción, quiero apuntar lo que viví desde el momento en que supo que empezaba su despedida, hasta que llegó el que tanto había esperado como su “día feliz”.

A Concepción la empecé a tratar de forma más asidua hace poco menos de un año. Antes de eso sólo la había visto en un par de ocasiones. Hay muchas cosas que nunca entendí de Concepción pero que acepté como manías suyas sin intentar encontrar su sentido. Una de ellas era ésta: tenía cierta fijación por conocerme porque me habían puesto como responsable del ministerio de enfermos de Maranatha.

La visité en la residencia de Alfonso XIII para que se le pasara la curiosidad por “la nueva”.

Hoy mismo me han dicho que la anterior responsable de enfermos, Elvira, la llevaba la comunión cuando iba a verla. Quizás esperase esto de mí, pero nunca lo mencionó. Nunca me pidió nada, ni esto, ni ninguna otra cosa. Al menos no de forma explícita.

La última vez que ingresó en el hospital La Princesa, estando con ella y con Belí, me hizo mucha gracia enterarme de que llamaba a Belí “su bombón” y, riéndonos y bromeando al respecto, Belí me dijo que podía compartir conmigo ser su bombón, a lo que Concepción contestó que cada uno teníamos nuestro nombre para ella, y que el mío no era “bombón” sino “caridad”.

Me impresionó mucho porque yo debía ser, entre sus conocidos, de los que menos atenciones y cuidados la habían prestado. Nunca la di nada, incluso de forma consciente evité siempre meterme con ella en jardines de los que luego no pudiera salir. No mucho antes de sus “días de gracia” me dijo que no quería de ninguna manera que dejara de ser responsable de enfermos. No me explicó por qué y yo tampoco pregunté. Sólo me quedé pensando qué diferencia podría haber para ella entre que dejase de serlo o no.

Tuvo una vida muy azarosa en la que había salido adelante, viuda, con cuatro hijos, y sin ninguna preparación académica, aprendiendo a sobrevivir en todo tipo de circunstancias y manejándose con bastante soltura con la gente. Desde luego, mi despiste sobre su comunión no fue impedimento para que se la asegurara por otras vías.

Contaba con muchas personas que la querían y que aprovechaban cualquier momento que tuvieran para estar con ella, acompañarla, charlar, llevarla comida, o rezar. Siempre había sido así. Pero coincidió con que, al morir el padre Rafael, se dieron una serie de circunstancias por las que se fue a vivir a un piso de San Chinarro mucho peor comunicado que la céntrica residencia en la que vivía anteriormente, y la gente dejó de visitarla. Este fue el motivo por el que empecé a ir yo. Con diferencia, mi dedicación era insignificante frente a la de aquellos que la habían acompañado en unos u otros momentos de su vida, incluido aquel, pero a pesar de eso nos empezamos a coger cariño.

Recuerdo que necesitaba hablar. Allí pasó momentos muy difíciles que me contaba llorando. Me decía que en su larga vida, entonces eran cien años, había vivido todo tipo de calamidades, pero que nunca se había deprimido, que su confianza en Dios la había preservado de esa enfermedad.

Supongo que, con sobrados motivos que yo conocía bien, el fantasma de la depresión la rondaba con obstinación por aquellos días, y por eso me insistía sobre aquello. Y debía ser como decía, porque a pesar de sus lágrimas, era admirable ver cómo su seguridad en el Señor la permitía sobreponerse con una vitalidad y un optimismo envidiable. Nunca dejará de impresionarme su interés por saber de las personas queridas y su capacidad para registrar cada detalle e información que se la diera sobre ellas.

Como lo pasaba mal y a la vez necesitaba hablar, para distraerla, yo la preguntaba por sus cosas, su marido, sus hijos..., y ella hablaba y hablaba, y así fue como empecé a conocerla mejor.

En alguna de esas incursiones a su pasado, a veces entraba en zonas más reservadas, rápidas de identificar porque siempre las iniciaba pidiéndome que no se las contase a “las otras” o que no lo hablara con nadie porque “sólo Chus lo conocía”. Nunca se me ocurrió preguntar quienes eran “las otras” o por qué me lo contaba a mí si sólo Chus lo sabía. Entonces no me producía curiosidad y en cambio ahora sí me intriga.

Tampoco me paré a explicarla que no tenía por qué preocuparse. En su historia nada era irrelevante, cualquier detalle que pudiera parecer

circunstancial, al avanzar en el relato acababa siendo decisivo. Ni que decir tiene que con la memoria que yo tengo me sentía incapaz de retener tal profusión de detalles durante más tiempo de lo que me llevaba llegar al portal de su casa. Pero sí le hacía preguntas, porque muchas actitudes y relaciones quería entenderlas y no podía. A pesar de sus respuestas y de sus muchas explicaciones, algunas muy confidenciales, sólo ahora he empezado a comprender. Para mí, sus misterios no eran los que ella consideraba como tales, por eso me los encontraba siempre de sopetón.

Los “días de gracia” transcurrieron en Zarzalejo, un pueblo cercano al Escorial, en la residencia a la que había ido desde San Chinarro hacía ya unos siete meses. La última vez que la vi antes de esos días, me dijo que pidiera a una hermana de Maranatha que rezara mucho por ella el Jueves Santo, que ella sabría por qué. Me insistió en la importancia que para ella tenía el Jueves Santo y en que rezáramos. Esta vez no la hice preguntas como solía, porque me pareció que su intención no era contármelo sino que me quedara muy claro que se trataba de algo de suma importancia para ella. Por eso la prometí que yo también rezaría y cambié de conversación.

Pero olvidé quién era la que tenía que rezar por ella, y luego, durante “los días de gracia”, se lo pregunté varias veces para no faltar a mi palabra, pero no se acordaba. O lo mismo la preocupaba que yo dijera algo que revelase su secreto delante de los demás, (secreto que, por otra parte, yo no conocía), y por eso no contestaba.

Por lo que ocurrió después, fue preciosa para mí la revelación de que el Jueves Santo era un día tan señalado para ella. El por qué daba igual.

La cuestión es, que si lo que quería era mucha oración por ella ese jueves, la consiguió. Y si lo que necesitaba era saber del perdón y la misericordia de Dios de una manera especial en su fecha más determinante, se encontró de bruces con ambas al pasar del abrazo con que su hija la arropó en su despedida, a los brazos que más deseaba, los de “su Amado”.

15 de marzo - El día del Espíritu

El sábado antes del domingo de ramos no tenía previsto ir a ver a Concepción. Había pensado ir cinco días después en la mañana del Jueves Santo para despedirme de ella antes de salir para el retiro de Pascua en Herencia.

Ese sábado estábamos solos Guille y yo. El pequeño, Félix, estaba de campamento en una granja escuela. Intenté buscar una actividad para hacer con Guille pero, una por una, me iba rechazando cada sugerencia que yo le hacía: una película de cine, una excursión por el Jarama, pasear por el parque del Capricho, una vuelta en bici por el circuito verde..., yo me quejaba, pero en el fondo, cada propuesta denegada por él era para mí un alivio, porque me permitía perfilar con mayor claridad la idea que se me iba dibujando en el corazón cada vez con más firmeza: ir a ver a Concepción.

No podía esperar al jueves. Para entonces había llegado a la conclusión de que con los enfermos hay que seguir tajantemente las “corazonadas”, que más vale pasarse que no llegar, porque el tiempo para ellos es mucho más valioso e importante que para los demás. Por eso le dije a Guille que como no quería hacer nada conmigo, si no le importaba quedarse sólo hasta que volviera, yo me iba al Escorial. Se extrañó muchísimo, pero no me puso ninguna pega.

Como nunca iba por la tarde a verla, no me sabía los horarios de la residencia y llegué justo cuando acababa de entrar al comedor a cenar, sobre las siete de la tarde. Me fui a dar un paseo por el pueblo. Hacía mucho viento. Me acordé de las tormentas de viento de la primavera del 98, el año del Espíritu, mi año. Pensé que me gustaba ese pueblo, tan pequeño que te salías de él a dos pasos que dieras y con una peñota tan encima de sus calles.

Al volver a la residencia, Concepción venía en su silla de ruedas por el pasillo del comedor escoltada por cuatro o cinco residentes. Me gustó mucho verla así. Después del rechazo general que tanto la había dolido y la oposición que había encontrado al llegar a la residencia a causa de su fe, era tranquilizante verla tan acompañada.

También se extrañó de verme. No me esperaba. Ni a mí ni a nadie. No a esa hora de ese día.

Me pidió que la ayudara a pasar al cuarto de baño. Hasta tenía fuerzas para mantenerse de pié mientras yo la sostenía para que, arrastrando los pies, diera pequeños pasitos hacia mí, caminando yo, muy despacio, hacia atrás.

Todo su cuerpecito estaba destrozado. Cuando se ponía de pié, siempre sujeta por alguien, se apoyaba más en los tobillos que en los talones. Los dedos de los pies los tenía retorcidos en una disposición imposible. Sus piernas estaban como llagadas y enrojecidas. Cuando se la recolocaba en la cama o se la ayudaba a poner los pies en el suelo para salir de la silla de ruedas, había que tener un cuidado exquisito porque la dolía muchísimo aunque se la cogiera de donde no parecía tener nada.

Eso sin contar con sus dolencias internas: el hígado, los pulmones, el corazón...

Pero resultaba agradable mirarla a la cara. El pelo empezaba en la frente con un clarísimo “pico de viuda” y sus ojos no tenían mirada porque estaba ciega. Lo que a mí me fascinó desde el primer momento fueron sus labios. Los tenía como delineados por un perfilador. Cuando yo se lo decía, me contestaba que sería por falta de riego sanguíneo, y yo la respondía que debía ser la primera persona a la que la enfermedad pintaba los labios.

Sus manos, que no tenían más que pellejo y huesos, sorprendían por su firmeza y su suavidad. Pero sobre todo, y de una manera muy especial en esos últimos días, por su calidez. Y no me refiero a su temperatura que siempre era más bien fresquita, sino al sosiego, la paz y la calma que se recogía de ellas.

De pronto, empezó a respirar de forma entrecortada entre ayes. La pedí que me dijera qué tenía que hacer para que estuviera mejor, pero me decía que lo estaba haciendo muy bien, “mejor que las cuidadoras”, añadía.

Yo sabía que lo decía con agradecimiento y sinceridad. Pero también sabía que Concepción era toda una señora, que nunca habría sido capaz de hacer o decir cosa alguna que pudiera molestar a quien se esforzaba por ella con buena voluntad, aún cuando pudiera resultar perjudicada por ello. Sabía ser elegante en el trato, a lo que acompañaba su exquisito sentido del humor. En una ocasión, necesitaba pasar al cuarto de baño y pidió ayuda a “sus palomitas”, las cuidadoras que vestían de blanco. Era muy escrupulosa y evitaba por todos los medios manchar los pañales que la ponían. Antes de llegar a utilizarlos prefería el esfuerzo y el dolor que la suponía llegar hasta el cuarto de baño. Pero tardaron tanto en aparecer que se empezó a encontrar fatal, y al final no pudo evitar hacérselo encima. Cuando por fin

llegó una cuidadora pidiendo disculpas por la tardanza, Concepción la contestó: “no te preocupes hija, si ya me he muerto, pero tranquila, porque luego he resucitado”. Me lo contaba añadiendo: - “Yo nunca me quejo, pero si alguna vez hay necesidad de quejarse, debe hacerse con mucho humor.” -

La llevé a la cama y la senté. Quise ponerla el oxígeno pero no me dejó porque quería enjuagarse la boca y limpiarse la dentadura. Era extremadamente pulcra.

Por fin conseguí que se dejara poner el oxígeno, pero en lugar de mejorar siguió empeorando. Nunca la había visto así, por eso fui corriendo a buscar a una cuidadora. La pusimos el camisón y la metimos en la cama, pero no mejoraba.

Y comenzó a despedirse. Lo primero que empezó a hacer fue pedir a Dios por todos. Decía: “ni siquiera digo por los míos o los de aquí o los de allá, digo por todos los que quiero porque son muchos, muchísimos”. Recordé que hacía unos meses me había pedido que la ayudase a escribir un testamento que tenía en la cabeza desde hacía tiempo para Maranatha. Durante una temporada estuve llevando papel y bolígrafo pero, unas veces había más gente, otras tenía tantas cosas que contarme que no nos daba tiempo, y otras simplemente se nos olvidaba.

Siguió pidiendo por todos, por los enfermos, por los que sufrían, por los que no conocían a Dios, por los que cometían actos abominables, por todos. De vez en cuando me decía “a ti, esta noche te ha traído aquí el Espíritu Santo”.

Me pidió que buscara un rosario que había en el cajón. Cuando lo encontré, me dijo que se lo habían traído de un viaje a Roma y que estaba bendecido por Juan Pablo II, que me lo quería regalar porque lo más probable era que al día siguiente ya no nos pudiéramos ver. Yo la insistí para saber si estaba segura de que me lo quería dar, si no la importaba quedarse sin él para rezarlo, si no quería que yo se lo diera a quien ella me dijera... Pero a todo me decía que no: que tenía otro igual también de Juan Pablo II, que quería que me lo llevara..., pero eso sí, que lo lavara cuando llegara a casa, y que todos los días lo rezara, aunque sólo fuera un misterio. Y volvía a repetir que esa noche a mí me había llevado allí el Espíritu Santo.

Jose Luis, su yerno, me contó un pequeño lío que habían tenido a cuenta de uno de esos dos rosarios. Parece ser que se lo prestó a alguien, pero hubo algún malentendido y, como no se lo devolvía, movió Roma con Santiago

hasta que consiguió recuperarlo. Eso demostraba el cariño que le tenía, y también por qué tenía que lavarlo: seguramente porque había pasado de mano en mano.

Y entre tanto seguía diciendo que ella no tenía nada, pero que era la persona más rica del mundo porque tenía al Señor.

Una vez, estando en el hospital, me había dicho que no la importaba sufrir dolor en todo su cuerpo fuera de la intensidad que fuera, porque Jesús había sufrido tanto en la cruz, que a ella le gustaba ofrecerle su dolor para estar más cerca de Él y entenderle mejor en ese momento. Pero que lo que no podía soportar era la asfixia. Aquella noche, en el hospital, estuve hablando con las enfermeras para enterarme de si había alguna forma de que la evitasen ese sufrimiento. Más adelante, ya en la residencia, había vuelto a referirse a la angustia de la asfixia.

Esa noche, la primera de su despedida, a la desazón que produce ver a alguien sufriendo de asfixia, se me añadía aquél recuerdo. Por eso, para mí fue aún más sorprendente oírle decir que al menos en algo se iba a parecer a su Señor, en que también ella iba a morir de asfixia, igual que Él en la cruz.

Podría decirse que hasta se alegraba de ello, porque no había en sus palabras ni miedo ni angustia, ni siquiera resignación, no había nada de lo que, en buena lógica, pudiera esperarse de semejante afirmación, solo la más absoluta naturalidad. Sólo sencillez y paz en una anciana de ciento un años, con su cuerpecito completamente roto, que no hablaba de teorías, sino del tormento que estaba sufriendo en ese momento: de la asfixia que lleva a la muerte.

Y aquello debía ser contagioso, porque a pesar de verla así, ni las cuidadoras ni yo, ni después las enfermeras, éramos capaces de hacer el más mínimo intento de contravenir su voluntad: tenía clarísimo que no quería bajo ningún concepto que la llevaran a urgencias, y con toda la paz del mundo supe que tendría que ser así. Sólo después fui consciente del bien que nos hizo a todos con aquella decisión.

Cuando llegaron las dos enfermeras de la noche me dijeron que cuando yo me fuera las avisara para pasar el resto de la noche pendientes de ella. Prometieron que iba a estar perfectamente atendida en todo momento, y que si se hacía necesario avisarían a su familia.

Creo que uno de los motivos por el que me resistía a creer que verdaderamente se estuviera muriendo, era mi idea de que alguien que fuera consciente de su muerte intentaría atar los últimos cabos sueltos de su vida, los de su relación con los demás, las cosas importantes que quedasen por hacer o decir y que en esos momentos cobrarían una prioridad absoluta.

Pero parecía que la vida de Concepción carecía de cabos sueltos. No parecía tener deudas con nadie. Pensaba que no iba a pasar de esa noche pero no me daba ninguna instrucción para llevar a otros, sólo pedía al Señor por el mundo y por la humanidad. Era como si tuviera la certeza absoluta de que alguien, el Señor, estaba allí para saldar sus deudas y por tanto no tenía que preocuparse de ninguna de sus cosas, porque solo importaban las de su Dios: el mundo que ella estaba dejando y los hombres, los suyos, todos nosotros.

“Yo soy la misericordia de Dios”, repetía, “porque en mí, el Señor ha manifestado toda su misericordia”.

Solo quería rezar. Hubo un momento muy simpático, en el que asumió que la que rezaba, como si fuera una intercesión, era yo. Pero aún así no podía callar. Y la oración se convirtió en una discusión a tres. Yo decía: “Señor, cógela en tus manos para elevarla al Padre como el tesoro más precioso”, y ella, que apenas podía hablar sin ahogarse, decía “precioso, no, precioso, no”, y yo insistía, “tú no puedes ser menos, porque en manos del Señor todos somos preciosos”. “Por eso Señor, que en tus manos preciosas ella sea el tesoro...”. Y seguía, y ella volvía a poner objeciones, y yo la discutía, y nos poníamos de acuerdo, y continuaba... Si dejaba de discutirme, empezaba a dictarme la oración, la cuestión era no callar. “Pide al Señor que me acoja con su misericordia”, y yo decía “Señor, acoge a Concepción con tu infinita misericordia”, y ella asentía, “y ahora dile...” Y así, poco a poco, nos fuimos olvidando de todo y surgió el canto en lenguas.

Seguía teniendo claro que se iba a morir. Yo no era capaz de irme mientras no viera que mejoraba su respiración, pero era inútil intentar algo para que durmiera. Me dijo que ésa, no era noche para dormir.

Oré con ella mucho tiempo hasta que se fue quedando tranquila y con la respiración más acompasada.

Unas horas antes me había oído hablar con Guille cuando le llamé para saber cómo estaba. Ahora era ella la que me recordaba que no podía quedarme más tiempo porque era muy tarde y él estaba solo. Tenía la

cabeza en todo. Yo no podía evitar pensar: ¿y tú, Concepción, tú no te quedas sola?, ¡si te estás muriendo!

El canto en lenguas era lo que mejor la hacía callar.

Las luces estaban ya apagadas en todas las habitaciones y las enfermeras se movían pasillo arriba, pasillo abajo, pero nadie me llamaba la atención, me dejaban seguir cantando bajito. La pregunté si quería que la cantase la “Rosa de Sharón”. Se la canté y me quedé mirándola.

Salí de allí emocionada. Llamé a Guille para decirle que ya volvía, que no se preocupase por lo tarde que llegara. Le debí contagiar mi emoción porque me insistió en que me quedara con ella el tiempo que hiciera falta que a él no le importaba.

Mirar la carita apacible de un bebé mientras duerme, como hacemos las madres a menudo, no podía producir una paz mayor que mirar esta otra carita, la de aquella anciana hundida en su almohada.

Los que hemos contemplado la extraña belleza que adquiere el rostro del dolor intenso al hundirse en la paz profunda del Señor, sabemos que no podremos olvidarlo jamás.

16 de marzo - El día Feliz

Al día siguiente por la mañana, me desperté recordando unas palabras tuyas cuando estubo en el hospital de La Princesa:

Me estaba explicando que no comprendía el trato que tenía hacia ella, descuidado y torpe, una persona a la que quería mucho, pero que la hacía daño. Yo la dije que no se lo tuviera en cuenta, que es muy difícil ver sufrir a quien se quiere. Y en su incapacidad, esa persona, confundía el sufrimiento con el decaimiento, porque es más fácil animar a un decaído que mirar de frente su sufrimiento y no tener nada con qué aliviarlo. De ahí su aparente falta de comprensión.

Como era toda una señora me escuchó calladita, y al acabar me dijo: “tienes razón, su problema es que no ha sufrido lo suficiente en esta vida”.

Esa mañana del domingo de ramos, al despertar, me preguntaba si sería posible que la falta de sufrimiento constituyera un problema. Empezaba a parecerme que sí. Lo que yo había visto la noche anterior, y lo que seguí viendo a lo largo de ese día, empezaba a ser lo suficientemente deseable como para que el hecho de no poder desearlo fuera en sí mismo un problema.

Por la mañana llamé a la residencia y me dio un vuelco al corazón cuando supe que había pasado una noche muy mala. Empecé a ser consciente de que esta vez no había vuelta atrás. Pero me dijeron que se había recuperado un poquito y que hasta había desayunado. No iban a llamar a la familia hasta que no tuvieran la valoración de la doctora.

A medio día conocí la valoración de la doctora. Le dije a Guille que tenía que volver al Escorial y lo comprendió.

Al llegar me encontré a su familia: su hija Eva, su yerno José Luis, y una amiga de la pareja, Candelas. A José Luis le había visto bastantes veces, pero a Eva sólo en el restaurante en el que comimos juntos el día en que Concepción cumplió 101 años y sopló las velas sobre el pudín que la había hecho Bea, la azafata. Después la volví a ver cuando la llevé a su casa el libro que Chus la había dedicado, pero creo que aquel día no me reconoció.

Estaban todos bastante afectados y les afligía, sobre todo a Eva, no poder entender las palabras, que estaba claro eran las últimas, que su madre insistía en decirles.

Me puse a traducir. Lo que decía era la pasión de Cristo. Fueron unas horas muy especiales. Como luego se demostró, yo no era capaz de entenderla ni mejor ni peor que los demás en medio de su asfixia y sin su aparato de dientes. Pero durante toda esa tarde, de una manera increíble, ella hablaba y yo repetía en voz alta sus palabras sin ningún problema para entenderla. Tanto era así, que llegó un momento en que ella iniciaba la frase y me apretaba la mano para que yo la terminara, y si no lo hacía, porque se tratara de algo más personal a lo que yo me quedara esperando, me decía - “sigue” -, y yo seguía, y ella asentía.

Para mí aquello estaba siendo increíble, pero para ella no debía serlo menos, porque hubo un momento en que sin referirse a nada anterior, me dijo - “es que tú y yo tenemos el mismo Espíritu” -.

Como los que estaban allí no conocían esta explicación, se hacían unas composiciones muy peregrinas que demostraban que también ellos estaban percibiendo esa gracia y esa presencia grande y preciosa del Espíritu Santo.

Ocurrió lo siguiente:

Como Concepción no paraba de hablar, Eva, José Luis y Candelas tenían tiempo de escuchar, de hablar entre ellos, de acercarse, de retirarse, de salir de la habitación, de volver a entrar... En un momento en que José Luis no estaba y Eva y Candelas charlaban junto a la ventana, me levanté de junto a Concepción y me fui hacia ellas. Al acercarme, y como si las hubiera sorprendido hablando de mí, me preguntaron que si yo era monja “o algo así”. Cuando contesté que no, me preguntaron que si hacía mucho tiempo que conocía a Concepción, dije que no, que apenas un año. Estas respuestas las desconcertaron, había algo que no las cuadraba. Me fui otra vez para la cama de Concepción para seguir traduciendo sus oraciones, y acercándose también Eva, me dijo: - “Ya sé, lo que pasa es que tú eres santa” -, y como diciendo, “perdón por lo de santa, lo digo sin ánimos de ofender”, añadió - “... pero una santa guapa, claro” -. Me hizo mucha gracia y me eché a reír contestándola que tampoco era santa. Se quedó como rumiando algo que seguía sin entender.

Al poco rato cogí el móvil para llamar a Guille, y entonces comprendí qué era lo que no entendían. Cuando hice el comentario de que tenía que llamar a mi hijo porque estaba sólo, casi las dos a la vez me dijeron - "pero, ¿cómo?, ¿que encima tienes un hijo!" - Aquello las asombró más aún porque, de alguna manera, estaban asumiendo que la razón de lo que ocurría aquella tarde, era una razón divina, de ahí que las explicaciones las buscaran en cosas para ellas extraordinarias: si al menos fuera monja, o si

fuera santa..., pero no, no sólo no era monja ni santa, es que *encima* tenía hijos, igual que ellas. Tener hijos me hacía más igual a ellas. Entonces, si éramos iguales, ¿por qué podía entenderme con aquella viejecita de una forma que ni su propia hija conocía?, ¿qué estaba ocurriendo allí, que para las dos, para Concepción y para mí, era tan familiar, pero ellas no sabían ni nombrarlo? Concepción fue la más sabia contestando a las preguntas que nadie la hacía pero que llenaban el ambiente: - “es que tú y yo tenemos el mismo Espíritu” -. Y es que no había otra razón.

Repasaba una y otra vez la pasión de Cristo parándose en lo que más la dolía, se diría que hubiera sido testigo directo y necesitara contarla para que nunca se perdiera de nuestras memorias.

- “El mundo prefirió a Barrabás, a un ladrón, antes que a ti, mi Señor” - lo repetía muchas veces y lo decía con un dolor que no puedo olvidar.

- “Esta misma noche estarás conmigo en el reino de los cielos” -, también lo repetía mil veces junto con que su nombre era Misericordia porque nadie pudo merecer menos que ella, decía, la misericordia que el Señor la había procurado durante toda su vida.

- “Madre, tú no viste morir a tu hijo, viste cómo lo mataban, cómo lo insultaban, cómo lo maltrataban, al único justo, al único santo. A tu hijo viste cómo lo mataban”. Hacía que se me pusiera la carne de gallina.

En un par de ocasiones me dijo: - “a ti, anoche te trajo aquí el Espíritu Santo” - Seguía recordándolo todo.

De vez en cuando comentábamos entre nosotros que aquello que estaba ocurriendo no era ni medio normal, y José Luis insistía en lo impresionado que se había quedado cuando la había oído repetir desde primera hora de la mañana, que aquél era su día feliz porque pensaba que ese día iba a morir.

En una oración en que empecé dando gracias al Señor por ella, terminé pidiendo también que la perdonara por todo el daño que hubiera podido hacer a otros, y como quien estaba delante de ella era su hija, pedí perdón sobre todo por el que hubiera causado a sus seres más queridos, por sus errores, por su impotencia y por su incapacidad para darles lo más adecuado. Cuando terminé, Eva se echó sobre ella en la cama, y con la cabeza en su regazo y extendiendo los brazos hacia la almohada lloraba repitiendo: mamá, mamita, mamita querida... con las manos de su madre sobre su cabeza parecía una niña pequeña hasta en la voz.

Hubo un momento en que empezó a ser angustiada su asfixia para todos, y no pude evitar decirle, Concepción no hables, que te asfixias más. Pero ella me respondió: - “Es que, hablar de mi Dios me quita la asfixia” - Yo sabía que aquello era un sinsentido porque había visto a otras personas agonizar con esa asfixia y evitaban hablar por todos los medios porque se les hacía poco menos que imposible. Pero ella seguía, y yo continuaba traduciendo... Dolía mucho estar a su lado y a la vez era un regalo.

Eva no pudo más: - “voy a llevar a mi madre al hospital, es inhumano tenerla así, voy a llamar a una ambulancia para que venga a por ella, me da igual que quiera o que no quiera” -.

Yo no soportaba que Eva hiciera aquello en contra de su voluntad porque sabía que se lo reprocharía a sí misma de por vida, pero entendía su angustia viendo el sufrimiento de su madre. No sé cómo se me ocurrió hacer aquello, quizá fue una barbaridad, pero me acerqué a Concepción y la dije:

- “Concepción, Eva no soporta más verte así, ya sé que no quieres ir al hospital, pero ¿lo harías por ella?” -

¡Pobrecita!, no debí pedírselo: no quería volver a urgencias, pero tampoco podía decir que no a su hija. Apretaba los labios y callaba.

Y de pronto, Eva cambió de opinión: - “Muy bien, haré una cosa: llamaré al médico de urgencias, que venga y que trate a mamá como lo tenga que hacer” -. Todavía me preguntó: - “Pero ¿no es inhumano tenerla aquí sufriendo de esta manera?” -. La contesté que si Concepción no quería ir al hospital, era justamente porque le parecía inhumano volver a pasar por aquello que ya conocía. Estaba más cuerda que ella y que yo, no tenía de qué arrepentirse si acataba su decisión.

Había otro motivo que Chus mencionaría más adelante: que Concepción ya no era dueña de nada, ni siquiera de sí misma, pertenecía al Señor, y por eso nadie podía hacer planes con ella. Con ella ocurrirían las cosas como el Espíritu Santo las fuera moviendo. Tal como las estaba guiando desde que todo aquello había empezado.

Fue así hasta con el Valium y la morfina que la daban. La doctora de urgencias consideró que no iba a pasar de aquella noche y que convenía sedarla. Eva lo autorizó así, estaba muy nerviosa y solo quería que su madre dejara de sufrir. Pero no había forma de que perdiera la conciencia. No sólo pasó de aquella noche, sino que al día siguiente la doctora la quitó

la sedación porque decía que aquello era un milagro y que no sabía qué hacer con ella.

Los días que siguieron a aquél, cuando llamaba para preguntar cómo se encontraba, me decían que la doctora ya no se atrevía a hacer valoración alguna sobre ella porque no entendía nada y repetía que aquello era un milagro.

Esa noche fueron pasando por su habitación, como en procesión, residentes y trabajadores de la residencia. Para todos tenía una recomendación distinta. La mía me la había dado la noche anterior, el sábado: “nunca te avergüences del Señor”.

Me impresionó una de “sus palomitas”. Según entró, se arrodilló delante de ella inclinando la cabeza como si estuviera acostumbrada a recibir su bendición, y Concepción, sin esperar ni medio segundo, y también como si toda la vida llevara respondiendo a cada uno que se arrodillara ante ella con una frase de bendición, la dijo: “confía siempre, siempre, siempre, en Dios”.

Me explicaron que aquella chica, que era agnóstica, se había acostumbrado a buscar a Concepción para escuchar de ella sus enseñanzas. En ese momento me pareció que, antes de levantar la cabeza y besarla la mano, se conmovía ante su gesto y su dedicatoria.

Después de la morfina, (el Valium se lo habían dado unas horas antes), pasó el resto del tiempo haciéndonos buscar, (habían llegado Mamen y Pepi), el hábito de dominico que Chus la había regalado hacía años, el rosario de madera que regaló a su hija Eva, el otro del papa Juan Pablo II que también regaló a Eva... Gracias a que estaba Mamen y que con una paciencia infinita repasó su armario una y otra vez hasta dar con lo que poco a poco íbamos entendiendo que quería.

19 de marzo – El día de la Distancia

El lunes no tenía pensado ir a Zarzalejo porque sabía que Concepción estaría acompañada y tenía que dejar sitio a otros que querían estar con ella.

Me gustó recibir la llamada de Mamen. Me decía que después de lo mal que la habíamos visto la noche anterior me tenía que acercar para disfrutar de lo animada que estaba esa tarde.

Estaba claro, a Mamen la había pasado lo mismo que a mí, lo mismo que a su hija Eva, lo mismo que a Jose Luis. El ratito que habíamos estado juntas la noche anterior, había sido suficiente para que la comunión que allí se respiraba la hubiera calado hasta los huesos.

Llegué un poco tarde pero disfruté muchísimo contando todo lo que había vivido los dos días anteriores. Nos íbamos quitando la palabra unos a otros. Teníamos tanto que contar, como si cada uno conociéramos una parte del acontecimiento al que estábamos asistiendo y necesitáramos unir todas las piezas del puzzle para no perdernos nada y para que la vivencia de los demás nos ayudara a entender mejor la nuestra propia.

Pensé que volvería el Jueves Santo, antes de ir al retiro de Pascua, tal como lo había planeado antes de que hubiera empezado todo aquello. Sabía que Concepción estaba tranquila y muy contenta porque Chus estaba pendiente de ella. La confesaba, la llevaba la comunión, la acompañaba...

Pero no había contado con lo lejos que me sentía por no estar a su lado, ni con lo necesitada que estaba de aquella estancia tan llena de gracia, ni con lo mucho que echaba de menos a esa viejecita tan rebosante de paz como de arrugas su carita centenaria.

El miércoles hablé con Chus por teléfono y le dije que hacía tiempo que ya no podía tener el pensamiento y el corazón en ningún otro sitio que no fuera con Concepción. “Crea mono, ¿a que sí?”. “Es verdad,” - me contestó - "esta mañana he estado con ella, pero no por eso he podido dejar de venir otra vez por la tarde”.

20 de marzo - El día de la fe

Cuando llegué el jueves por la mañana estaban con ella su nieta Marisa y su hija Eva.

Como su compañera de habitación había vuelto del hospital y éramos tantos los que íbamos a visitarla, la habían cambiado a otra habitación más grande en la que estaba sola. Daba directamente al patio de atrás a través de una puerta de cristal.

Por esa puerta entró una nueva visita haciéndonos dar un salto en las sillas a las tres, al tiempo que nos llevábamos el dedo a los labios para chistar a los recién llegados.

Estaba agonizando, ya no emitía ningún sonido ni movía un solo músculo. Sólo la cabeza muy despacito para asentir o para decir que no. Hasta el último momento estuvo totalmente cuerda.

La acababan de poner morfina de nuevo. Pero esta vez, Eva había aprendido lo suficiente como para poder vivir con paz los últimos momentos de su madre: con lágrimas en los ojos me dijo que era la última vez que se la ponían, que ya no lo iba a autorizar más, que sólo quería que su madre muriese según fuera su voluntad. Me explicó que la noche anterior le había dicho que quería estar consciente en el momento de su muerte para poder despedirse de ellas.

Se sentía mal por haber autorizado esa última dosis justo antes de tomar la determinación de no hacerlo más. La expliqué que no importaba lo que hubiera hecho antes, al menos no con Concepción, (pensaba en las palabras de Chus de que ya sólo pertenecía al Señor), que lo importante era lo que estaba entendiendo en ese momento. “Cada uno tenemos nuestro momento para entender las cosas”, la dije, “y tu madre está respetando el tuyo”, pensé sin saber hasta qué punto era cierto.

Empecé una oración muy sencillita y tranquila junto a Concepción con la escucha de Eva y Marisa, oración que fue interrumpida por el bote que las tres dimos en nuestras sillas ante la irrupción de la visita.

Eva y Marisa salieron, de lo cual me alegré enormemente porque lo que ocurrió a partir de ese momento fue bastante peregrino y no digno de ser presenciado y menos aún contado.

Gracias a Dios apareció Mamen como una tabla de salvamento en el momento oportuno. Me fui con ella y estuvimos charlando e intentando entender, en la medida de lo posible, lo que estaba sucediendo.

Por eso, ese día fue para mí el de la fe. Porque de golpe se congeló el calor de la llama que había ardido los días anteriores y, a la vez, estaba segura de que nada podría invalidar lo que había ocurrido allí durante esos días. Ninguno hicimos nada para merecer la gracia que recibimos. Gracia que fue derramada sobre nosotros sólo por el hecho de haber estado en el lugar adecuado y por haber sido llevados a él en el momento oportuno. En mi caso, y como tantas veces me había repetido Concepción, porque el Espíritu Santo quiso llevarme allí aquella noche del sábado. Concepción comulgó la hostia sagrada y mientras todos los que estábamos allí podamos seguir arrodillándonos ante el Cuerpo de Cristo, la comunión entre nosotros seguirá siendo posible.

Cuando Marisa y Eva volvieron a la habitación y se fueron las visitas, me despedí de Mamen y me fui al bar de al lado a comprar un bocadillo. Me encontré en él a los hombres, los maridos de Marisa y Eva, y me quedé con ellos un rato tomando una cerveza e indagando sobre su relación con Concepción.

Me gusta entender las relaciones entre las personas y me encantó descubrir que había sido muy querida por esta nieta y su marido, y que habrían estado dispuestos a cuidarla en Cádiz durante sus últimos años si ella se hubiera dejado.

Al volver a la habitación me encontré con Elvira, de Maranatha. Había ido para estar a su lado un ratito y para darla un beso de despedida aprovechando que estaba pasando unos días en la sierra.

Concepción no había movido un solo músculo en todo el día, y mucho menos hablado. Tan sólo movía ligeramente la cabeza para decir sí o no. Pero en ese momento sacó voz de no se sabe dónde para decir que su hijo estaba en el cielo. “Era muy guapo”, añadió.

“Mi padre no era muy guapo” - rectificó Marisa riendo - “era guapísimo”.
“Muy guapo” - corroboró Concepción.

Y pareció que se la encendía una lucecita para decirnos con muchísima dificultad algo tan prosaico como que quería que se ocupara de sus cosas, sus poquísimas cosas, esta nieta, Marisa, la hija del primogénito fallecido.

Elvira se fue, y Eva, después de cerciorarse de que a mí no me daba miedo quedarme con ella aunque existiera el riesgo de que muriera, me pidió que me esperara para que ellos cuatro pudieran irse a comer juntos. Parecía que tenían muchas cosas de qué hablar.

Primero la estuve humedeciendo los labios y limpiándola los ojos de legañas, y después reinicié la oración interrumpida aquella mañana.

“Si te pudieras ver desde fuera como yo te veo, Concepción, verías a la novia más preciosa”. Realmente lo era. Me pareció que movía ligeramente la lengua y pensé que seguramente seguía intentando rezar a pesar de su incapacidad. La repetí de mil formas distintas que escuchara, que reconociera los pasos del que ya estaba llegando y al que tanto deseaba, porque ya se podían oír, que si permanecía en silencio resonaría desde su corazón la voz que tantas veces había dicho la Palabra que tanto amaba.

Y entonces pasó algo muy raro. Me estremeció pensar en la grandeza de lo que estaba presenciando y recordar lo que había ocurrido esa mañana: era la grandeza de Dios frente a la necedad y la mezquindad del ser humano. Me dio por llorar mientras intentaba decir al Señor que todos esos días había rezado con Concepción sin ser consciente de que no tenía nada, ni para orar, ni para acompañarla en un momento tan trascendente.

“Ya lo has oído, Concepción, no soy la persona más indicada para hacer esta oración”. Negó con la cabeza. “Te puedo cantar la Rosa de Sarón, ¿quieres?”. Negó con la cabeza. “Entonces, ¿qué quieres?, ¿que siga rezando?”. Asintió con la cabeza. “¿Estás segura?, ya me has oído que no tengo nada de nada”. Volvió a asentir.

No me quedó más remedio que sonreírle con ganas: de nuevo, a escasas horas de su muerte, seguía siendo la única que entendía las cosas. Ella sabía que nunca tendría nada para orar, pero que no por ello podía dejar de hacerlo. “Muy bien, seguiré rezando contigo, pero ya sabes: desde el silencio para oírle llegar, y uniéndome a la oración de la iglesia, y a Maranatha, y a Fray Escoba, y a todos los que te quieren y están contigo, y sobre todo a los que ya están en el cielo y han sido importantes para mí, seguro que también lo han sido para ti, para que recen conmigo, todos pidiendo el Espíritu que pueda decir lo que yo no sé, para ti, para que sea las alas que te lleven a Él de la mano de María en la que tanto has confiado”. Asintió y canté: “Ven ahora Santo Espíritu, ven y habita ya en todo mi ser, llévame al silencio, enséñame a orar, muéstrame la gloria de Dios”. Ésta debió ser la última canción que escuchó, ésta y el canto en lenguas que llegó a continuación durante mucho tiempo, hasta que abrí los

ojos y vi enfrente de mí a cuatro personas haciéndome señas a través del cristal para que les abriera la puerta.

Ya no recuerdo en qué momento Eva me había estado pidiendo que me quedara, que su madre iba a morir antes de las 8 de la tarde y quería que me quedara con ella. - “¿Dónde mejor que aquí se podría vivir un retiro de Pascua?” - Me decía el yerno que se confesaba agnóstico. Yo tenía el corazón dividido, quería quedarme, pero algo me decía que mi sitio estaba en el retiro y no allí.

Me acabé yendo.

A las 8 y 10 de la tarde murió Concepción. También ella se vino al retiro, su sitio también estaba allí. Sobre las 9 y cuarto de la noche, al salir de los oficios que terminamos con “Cantemos al amor de los amores...”, vi la llamada perdida de Eva.

A esa hora también, a las 8 y 10, y al comenzar a cantar esta misma canción en la parroquia, Beli, señalando su reloj le dijo a su marido: “Concepción ha muerto”. Su marido tuvo que comerse las palabras con las que la tachó de poco menos que histérica, cuando una hora más tarde Beli le mostró mi mensaje en el que ponía la hora de la muerte de Concepción. Lo mismo le había ocurrido a Mavi en su parroquia, a la misma hora y con la misma canción.

Beli había estado toda la semana diciéndome que Concepción estaba esperando al jueves para morir porque era el día de la misericordia. Esto me hacía recordar lo que me contó de la importancia que para ella tenía el Jueves Santo. Chus nos explicaría después que lo que la ocurrió un Jueves Santo muchos años atrás, alrededor de la hora en que había muerto, había sido determinante para ella durante toda su vida y para su relación con Dios.

Nada fue casualidad en los días de gracia de Concepción. Tampoco que muriera como tenía que hacerlo: abrazada por su hija, en la que se disiparon todos los miedos cuando se dio cuenta de que su madre se iba. - “Como un pajarito” - insistía - “, se ha muerto como un pajarito en mis brazos”. No paraba de llorar mientras se sorprendía de la paz con que había fallecido.

Esa tarde, al despedirse de mí en El Escorial, me había dicho abrazándome: “te he cogido cariño en este tiempo en que hemos vivido tantas cosas tan especiales, y yo que creía que ya era incapaz de coger cariño a nadie...”

Me sorprendió la revelación de un dolor que la invalidaba para el afecto, y a la vez me enterneció pensar que esos ratitos de gracia habían sido suficientes para derretir su corazón de tal forma que la primera sorprendida era ella.

Igual que lo supe unos días antes con Mamen, lo supe ahora con ella: la había pillado de lleno la comunión que allí se respiraba. Sin duda eligió la mejor parte quedándose junto a su madre.

22 de marzo - El día del entierro

Recordé que se trataba de Marga Sevilla cuando la vi llegar al entierro. Por suerte, el motivo por el que Concepción quedará para siempre ligada a ese Jueves Santo, fue también el motivo por el que hubo mucha gente rezando por ella ese día, y como no me cabe ninguna duda de que Marga también lo hizo, me libró de faltar a mi palabra.

Un par de semanas después, para asegurarme de que se trataba de Marga, sólo tuve que preguntarla si era ella quien conocía el secreto del Jueves Santo de Concepción. Me contestó que sí, y entonces la pude dar el encargo. Se me encendió una lucecita y la pregunté si no sería también ella quien la había regalado los dos rosarios del Papa que tanto quería. También a eso me dijo que sí. “Qué curiosa manera de querer a la gente tenía Concepción”, pensé, y supuse que era el resultado de hacerlo sin un apego excesivo, sino sana y libremente.

Ese día, el sábado de Pascua, Eva me había recibido en la misma línea que me despidió el último día. Me dijo algo así, como que era increíble el cambio que se había producido en ella y la de cosas que habíamos vivido en esos días y cómo nos había unido todo aquello.

Mi sensación era la misma, pero lo cierto es que “*todo ese tiempo*” del que hablaba no era más que la tarde de un domingo y alguna hora, si llegaba, del jueves.

Pero las cosas del Espíritu son así, como en las aventuras más trepidantes, en cuestión de segundos se suceden los hechos más sorprendentes que puedan vivirse.

4 de Abril - El día del Funeral

Nunca había cantado la Rosa de Sarón a Concepción sin preguntarla si quería que lo hiciera.

Nunca desde aquel día de diciembre en que recorrí el camino de Madrid a Zarzalejo medio recordando, medio reinventando la canción de la Rosa de Sarón para Concepción y absolutamente estremecida por la claridad de mi intuición de que eran palabras de despedida para ella.

Me extrañó mucho que no conociera, no ya la canción, sino el Cantar de los Cantares. Lo confundía con Oseas. Estaba fascinada por la compasión hacia la esposa infiel que, en el desierto, era recuperada para la vida y para el amor.

Ella sola acabó descubriendo que el Cantar de los Cantares era la consecuencia lógica del reconocimiento de la que había sido enamorada hacia su Señor.

Me conmovió pensar que aquél día, de ninguna manera habría sospechado que con esa canción finalizaríamos el funeral de Concepción unos meses después.

Un nuevo capítulo

A menudo me equivoco al dar nombre a las cosas.

Esto lo he estado confundiendo durante cerca de 10 años:

Siempre creí que en el mismo lote de mi conversión vinieron otras cosas como la normalización del rechazo, creo que patológico, que siempre me había producido la enfermedad en los demás, su deterioro físico e incluso la vejez.

Creo que el origen de ese rechazo se remonta a mi niñez con el empeño que puso mi padre en educar en la higiene a los vecinos del pueblo donde tuvo su primer destino como médico y donde nacimos sus seis primeros hijos. En ese pueblo de Córdoba, en los años 50 - 60, los niños, sobre todo en el calor del verano, caían como chinches, y mi padre se propuso evitar lo que él evaluaba como un altísimo porcentaje de muertes infantiles por falta de higiene.

Antes que nadie, debía ser educada su propia familia, y puso tanto tesón en que predicásemos con el ejemplo, que de alguna manera se le escapó de las manos las consecuencias. Por eso no es raro que, de sus ocho hijos, ninguno hayamos querido saber nada de medicina ni de enfermos.

Pero al poco de haber conocido al Señor descubrí que cada vez que pasaba por el centro de día para enfermos de Alzheimer que estaban construyendo enfrente de mi antigua casa, se me disparaba la imaginación deseando estar allí para acompañar a los ancianos que se fueran sentando en sus bancos sobre el césped. Yo, que tenía bajones de tensión solo con entrar a un hospital y oler a enfermedad.

Para quitarme tonterías de la cabeza me esforzaba en pensar en cosas desagradables, como la mirada vacía de la enfermedad mental, o que se les caería la baba, o que gritarían..., pero en lugar de producirme rechazo, me daba un vuelco al corazón pensar que podría sentarme a su lado sin molestarles, o que les podría limpiar con un pañuelo, o que seguramente les conseguiría tranquilizar si les hablaba bajito, como a los niños cuando eran pequeños.

Recuerdo a Marta Lago la primera vez que me apunté al ministerio de enfermos. Me preguntaba, hablando a escuchetas porque estábamos en medio de un retiro, que si había rezado mucho para tomar esa decisión. La contesté, avergonzada por mi frivolidad, que no, que había sido un impulso

de pura alegría. Sorprendida, me dijo que si, entonces, era que había descubierto en mí carismas para los enfermos. Más avergonzada aún, la tuve que decir que a duras penas conseguía mantener una conversación con cualquier persona con quien no tuviera mucha confianza, pero que iniciarla suponía para mí una imposibilidad absoluta, más aún para algo tan comprometido como animar o consolar a alguien. A parte de eso, tampoco disponía de tiempo para estar con los enfermos, porque no llego antes de las siete de la tarde a casa desde que salgo por la mañana, y los fines de semana, uno sí y otro no, tengo que estar con mis hijos, que entonces eran casi bebés. Solo me quedaría un fin de semana cada quince días, del que no siempre podría disponer.

Marta no daba crédito. Yo tampoco, y menos aún según he ido viendo las cosas que nos da el Señor y que yo no habría podido ni imaginar. Lo que más me impresiona es el conocimiento de pisar suelo sagrado cuando llegamos a la enfermedad de los demás. Cuando ese conocimiento no te permite acercarte a su enfermedad sin arrodillarte ante ella, son muchas las cosas que cambian. No sé si cambian en la actitud, o en los gestos, o en las palabras o en qué, pero sé que ocurren cosas que pasan a ser más importantes que la propia capacidad o incapacidad, o que los propios sentimientos o carencias de ellos.

Hace nada, leyendo a San Pablo en Efesios, he comprendido que esa “normalización”, - con los enfermos igual que con otras muchas cosas, la mayoría de las cuales estarán aún por llegar -, no es otra cosa que mi nacimiento en Jesucristo, la recreación que el Espíritu Santo hace de nosotros en Cristo Jesús, al convertirnos a Él, de la manera más semejante posible, aquí en la tierra, al orden dispuesto para nosotros por Dios Padre desde el principio de la creación.

Si antes mi alegría era grande sólo por ver que estaba volviendo a la normalidad, ahora doy infinitas gracias a Dios por el cariño de las personas a las que me ha permitido acercarme, y por todo lo que he vivido con ellas en momentos tan especiales a los que la gracia de Dios me ha permitido asomarme de puntillas.

Creo que hasta ahora sólo conocía las obras y consecuencias del Espíritu Santo en mi vida, pero que ahora he empezado a enamorarme de su belleza.

Y al releer estas páginas pienso que seguramente esté nombrando todo al revés mientras me viene a la memoria el momento de la transfiguración. Nunca entendí cómo pudieron ser tan torpes los discípulos para ponerse a hablar de tiendas ante algo así. Lo entiendo ahora al sospechar que llevo

utilizadas demasiadas palabras para no decir otra cosa que lo mucho que me ha sobrepasado lo que viví en esos días.

Desde el Viernes Santo, no puedo parar de repetir las palabras del Salmo: “Renuévame por dentro con Espíritu firme, no retires de mí tu rostro, no me quites tu Santo Espíritu”. Por nada del mundo querría perder lo que recibí en aquellos días.

Cuando el miércoles de Semana Santa intenté contar en Maranatha lo que estaba ocurriendo, alguien, no sé si Rosa Carnalio o Simón, me decía: “Pilar, oyéndote hablar parece que estás viviendo un momento de una trascendencia enorme en tu vida, como si estuvieras pasando página”. Yo contesté que no era que estuviera pasando página, sino que, después del preámbulo, estaba empezando el primer capítulo de mi vida en el Espíritu.

Con los capítulos del Espíritu no importa dónde se empieza ni dónde se acaba, ni el tiempo que lleva recorrerlos ni los lugares por los que transcurren, tampoco las páginas que hubo delante o las que habrá detrás de ellos, sólo importa que están llegando.

Mi primer capítulo llegó con los días de gracia de Concepción Andreu.